

la ciudad que va a seguir su evolución; otros hombres y otras mujeres que van a sucederse. Pero inmortal, indeleble, por encima de todo, sujeta con todas nuestras fuerzas; la sonrisa de Adelita Tortosa; Adelita, que sonrío con candor; Adelita, que es el símbolo, como la Angela de la comedia, de la eterna bondad humana que vence al tiempo y al espacio. (Pág. 12.)

No ha de pasar tan fácilmente el tiempo sobre los intentos dramáticos de Azorín. Representan ellos el esfuerzo mas honrado de los últimos tiempos por renovar la escena española que languidece entre los patios andaluces de los hermanos Alvarez Quintero, las honorables comedias burguesas de don Manuel Linares Rivas y el agudo ingenio femenino de don Jacinto Benavente. Acaso podrá reprocharse a Azorín que su teatro es demasiado intelectual, demasiado de libro. Pero en ese reproche está su más alto elogio. Otro tanto puede decirse, y se ha dicho, de las comedias bárbaras de don Ramón del Valle Inclán y de las tragedias desnudas de don Miguel de Unamuno.

Porque en el drama como en el ensayo, en el discurso académico como en la interpretación de un poeta o de una época, Azorín será siempre el maestro de la nueva sensibilidad española. Porque la novedad de Azorín significa clasicismo, norma, equilibrio, aspiración de lo temporal a lo eterno.—*Roberto Meza Fuentes.*

POLITICA

DOS DISCURSOS Y DOS ARTÍCULOS,
por *Miguel de Unamuno.*

El enérgico heroísmo civil de don Miguel de Unamuno puesto a prueba durante seis años en una tensión de superación perenne en las jornadas de Fuerteventura, París y Hendaya, ha dado su vibración de tensión máxima en el hogar patrio. No puede negársele grandeza ni integridad al pensador de Salamanca. En estas sus prédicas laicas su figura se ha magnificado hasta tomar los contornos místicos del profeta o de los grandes iluminados de la historia. Ha insultado, ha imprecado, ha desahogado en lenguaje de lava los sedimentos últimos de lo que él llama «mi pleito personal». Pero en ese pleito personal se ventilaba la causa misma de la españolidad que ha tenido siempre en Unamuno su adalid más quijotesco y generoso.

Sus artículos del destierro y sus discursos de Madrid que recoge este libro (1) son acaso el documento más resonante en todo el proceso de la dictadura española. Unamuno no se detiene en las superficies y las apariencias sino que penetra hasta el corazón del problema y traza su diagnóstico con inflexible severidad. Su profesión de filósofo le ha obligado a decir siempre la verdad y sólo la verdad. Catedrático de griego, no ha podido conformarse con traducir los eximios textos clásicos y explicar

(1) *Historia Nueva*, Madrid 1930.

los misterios de la gramática mientras sentía gemir en torno la agonía española.

Su sentimiento de hombre y de español lo llevaba a identificarse con el dolor de España. «Me duele España» fué el grito profundo y trágico de la carta que le señaló el camino del destierro. Y así la vida de Unamuno ha sido una agonía, que es decir una lucha entre la cabeza que le dice que tiene que morir y el corazón que quiere ser inmortal. Lucha metafísica, íntima, angustiosa que recorre toda su obra con un estremecimiento religioso.

Pero no puede ser uno el autor y otro el hombre. Y esa congoja interior de su yo profundo lo haría llamarse años más tarde «un agónico español». En él agonizaba España, esa España que siendo su madre era, también, su hija.

Todo el drama interior de este hombre era la creación ideal que él se hacía de su España y la repercusión brutal con que hería su espíritu la España real agobiada por un pretorianismo vergonzoso.

Y él tenía la conciencia de que su pensamiento y su palabra podían modificar la triste y miserable realidad.

Sí, ya he leído que no hay que prestarse a esa oposición verbalista; no, a eso no me presto porque siempre, desde el primer momento, creí que contra una dictadura cimentada en la fuerza, no había otro recurso que destruirla por la fuerza misma. Pero hay fuerzas de fuerzas; hay la fuerza de la espada y hay la fuerza de la pluma. Yo tenía la conciencia —permitidme que os lo diga—y aquí copio la fórmula que solía copiar un humorista, Domingo F. Sarmiento:

«porque yo tenía la conciencia que mi pluma vale por muchas espadas». (Págs. 132.)

En uno de sus fuertes salmos del destierro nos había cantado:

Tape su polvo mi rendida ma-
no.
que aró febril a España con la
pluma.

Este hombre tiene la conciencia de su misión espiritual y a ella sacrifica la vida. Y si el soplo civil que conmueve su verso sublima, humanizándola, la poesía española, el ejemplo austero de su vida ha hecho conmoverse a las nuevas generaciones hasta sacudir violentamente el letargo de España.

En los seis años que he estado fuera de mi hogar no he hecho más que calentar a este hogar colectivo que tenía lejos y estar predicando en todas partes; que no crea él en la sordera de mi pueblo, que crea él que cuando se predica en el desierto las piedras oyen, y cuando oyen las piedras son las piedras las que se levantan. Estamos ahora—¿qué es eso de constituyentes?—; estamos en período de franca y decisiva revolución; y ahora vosotros, los que vivís aquí, a vuestras casas, a vuestros hogares; yo a la calle. Oirán las piedras y hablarán. Hay una sentencia de Eurípides que, algo trastornada, corre por ahí, y es la que dice: «El cielo demente entontece a los que quiere perder», pero hay un pasaje terrible de la Biblia, y es cuando Jehová ensordece a Faraón, le llama y, porque no contesta, le castiga. Y ahora, Dios nos ayude a que le ayudemos a salvar a esta pobre Patria. Dios salve a España, pero con nuestra ayuda: en la calle. (Págs. 155 y 156.)

¿Puede el intelectual permitirse el desdén elegante y displicente que lo lleve a despreocuparse de la vida de su país invocando para él la torre de marfil y los derechos del super-hombre? Prefiero que el ejemplo de Unamuno conteste por mí. Con el desdén a la política se encubren egoísmos y cobardías que no caben en la conciencia de un hombre entero como el autor de la *Vida de don Quijote y Sancho*. El ejemplo y la palabra de Unamuno:

Hay otros pobres cuitadillos que no logran darse cuenta del alud de pasión que pongo en esta obra de justificación y de ajusticiamiento—son pobres literatillos—y que me vienen con el miserable estribillo de que debía desdeñar a los que suponen que los ataco para vengar agravios personales. Y hablan del desdén del silencio. Pero si hubo desdeñoso fué mi maestro el Dante—no sé dónde leí que los tres más grandes desdeñosos de nuestra religión han sido Moisés, San Pablo y el Dante—, y el Dante no calló su desdén, el Dante supo insultar. ¿Y es que no eran insultos—divinos insultos—los de Cristo cuando hablaba de raza de víboras y sepulcros blanqueados? ¿Es que a San Juan Bautista, al Precursor, le hizo decapitar el tirano por haberse callado? Pero la cabeza degollada de San Juan Bautista seguía clamando, con su sangre, desde el plato. Como sigue clamando la sangre de aquel pobre condenado de Vera de Bidasoa que, para evitar el garrote, se arrojó desde lo alto de la prisión, y que hubiese efusión de sangre, ya que el Rey mismo me había dicho—a mí, a mí mismo—que en el garrote no hay, al fin, como en la guillotina, efusión de sangre. Y sigue clamando la sangre de Rizal. (Págs. 20 y 21.)

En Unamuno se hace voz el silencio de España. Voz de ancha reso-

nancia en la mente y el corazón de la juventud. Voz que desconcierta por igual a pretorianos y a políticos. Porque los políticos desalojados del poder por el puntapié autoritario buscaron pronto la fórmula de la componenda y del arreglo que les permitiera acercarse al mismo que pública e ignominiosamente los repudiaba con soeces palabras tabernarias. Hay que destacar, es claro, las honrosas y nobilísimas excepciones: don Santiago Alba, don José Sánchez Guerra, acaso algún otro. Como don Melquiades Alvarez que en un discurso que equivale a un acto de patética contrición exclama:

Yo estoy seguro, por lo menos me temo, que cuando la Historia juzgue estos descaros y delitos que hemos soportado durante seis años, el juicio de la posteridad nos cubra a todos de oprobio porque yo a esa dictadura no le reconozco ningún beneficio para el país, absolutamente ninguno.

Y subraya Unamuno:

Pero yo no me quedé en España para que no me cubriese de aprobio el juicio de la posteridad. (Pág. 133.)

En lo que Unamuno, filósofo y profesor de griego, procedió como Sócrates: no quiso huir. Unamuno pudo haber marchado al Portugal y burlar la deportación. Fué, sin embargo, a Fuerteventura y después se deportó voluntariamente a París y a Hendaya donde no descansó en su nueva actividad de libelista y panfletario publicando las *Hojas Libres* o editando en Ultramar sus libros hirvientes de pasión y congoja patriótica.

Su libro reciente viene a aumentar el volumen de su literatura candente y explosiva. El pensamiento de Unamuno estalla con alegría, voluptuosamente, con la felicidad que produce la actividad creadora en constante superación de sí misma. Si con un ademán más o menos pedantesco de intelectual profesional fuera a reprochársele el tono demasiado anecdótico de estos *Dos discursos y dos artículos*, la réplica viva y contundente estaba ya en la primera de sus conmovedoras oraciones laicas:

Perdonadme, amigos míos, que como hay tan pocas categorías tenga que acudir a las anécdotas, pero es que hay anécdotas muy categóricas. (Pág. 98.)

Y así nos va relatando una a una las visitas que iban a hacerle en el destierro a su modesto cuarto de estudiante en París altas personalidades de la política española con el fin de llegar a una transacción en su campaña implacable. Pero el viejo vasco no cejaba y seguían las *Hojas Libres*, en las que contó siempre con la colaboración leal y abnegada de Eduardo Ortega y Gasset.

El tono de la campaña y el espíritu quijotesco y leal que la animaba pueden juzgarse por los dos artículos que reproduce este libro.

Porque si dichos artículos y estos discursos son una parte esencial de la vida política de Unamuno hemos de admirar en el «paradojista peligrosísimo», como sarcásticamente él llama a sí mismo, un político ideal cuya obra está toda en su vida, sus dichos y su escritos, un político cuya autoridad máxima reside en el ejemplo de una existencia digna. La vida

de Unamuno, inflexible y combatiente, vale por un programa, una doctrina o un partido.

Por eso ha de decirnos con una altivez muy digna en el artículo que titula *Mi pleito personal*.

Ya a nadie que sepa vivir en la Historia se le ocurre preguntar qué es lo que busco con mi obra en ella. Los tiranuelos, por su parte, saben bien que no persigo componenda ni arreglo algunos, sino justicia, y que no he cejar hasta que logre que se les enjuicie y ajusticie al castigo que les corresponda; saben bien que hay por lo menos uno que no se conformará con lo de borrón y cuenta nueva. Aun quedan, parece, algunos menguados que se imaginan, juzgando por su propia mengua, que busco el poder. ¿El poder? ¿Más poder? ¿Otro poder? Hace algunos años, ya un político amigo mío, de los llamados del antiguo régimen, es decir, de los que aún conservan alguna honradez, decía de mí que podía permitirme ciertas manifestaciones que les estaban vedadas a ellos, los que aspiraban a gobernar; a lo que yo contesté: «¡Yo no aspiro a gobernar; yo gobierno!» y precisamente aquellos que aspiraban a gobernar, que pretendían gobernar, se quedaron en eternos aspirantes, en eternos pretendientes al gobierno. (Págs. 17 y 18.)

Y en él siente depositada la honra histórica de España ante la mengua civil que trajo consigo el cuartelazo:

Y es que son tan brutos, han vivido tan al margen de la vida cultural de España, que era y sigue siendo posible que un español se haga, como me he hecho yo, una reputación mundial, adquiriera autoridad en todo el mundo civilizado y aún más allá de los países de lengua española, sin que ellos se enteren.

Reputación que sigue acreciendo y agrandando y con el fin de emplear la autoridad moral e intelectual así

adquirida en libertar a mi patria de la masa abyecta, rapaz y embrutecedora tiranía y de marcar a los tiranuelos—para siempre—con la señal de los réprobos de la historia. Y a la vez, de salvar ante la conciencia de la Humanidad la honra de nuestra España. Porque si el buen nombre de España ha de salir lo menos mal posible de esta catástrofe, se ha de deber a nosotros, a los motejados de intelectuales; motejados con cierto retintín de fingido desdén, pero de real envidia cainita. Y cainitas degenerados, que al cabo el mítico Caín, no parece que fué un majadero. Nosotros, los motejados de intelectuales, estamos salvando la honra histórica de España. Y no los brutos de la cruzada de Marruecos. (Págs. 13 y 14.)

No hay que olvidar que Primo de Rivera motejaba de auto-intelectuales a los representantes más preclaros de la intelectualidad española que solidarizaron con Unamuno en el momento dramático de su deportación a Fuerteventura. Por lo demás el dictador opinaba que el hecho de ser un buen helenista no lo autorizaba al catedrático de Salamanca para desbarrar en materias políticas. Tan pervertidos estaban los valores que se pudo llegar a tal aberración. La historia se ruborizará algún día cuando haga la revisión de estos años amargos. Ver lo ruin dominando lo egregio y jactándose todavía de su despotismo troglodítico es algo que subleva a quien tenga, con una sensibilidad inteligente, el respeto por la personalidad humana. «El hombre es cosa sagrada para el hombre» decía el estoico antiguo y a la verdad es deprimente el espectáculo de nuestra época tan engreída de sus progresos materiales transformando al hombre y su vida en un

mero accidente que puede torcer a su antojo un audaz montado sobre la indiferencia pusilánime del resto del cuerpo social.

Es lo que no se resigna a creer don Miguel de Unamuno. Por eso escribe, habla y predica dando a sus palabras una fuerza mística que imprime huella profunda en el corazón de su pueblo. El catedrático de griego no se resigna a renunciar a su calidad de hombre para servir a su cátedra. Prefería renunciar a su cátedra para servir al hombre. Es más amplio y generoso su evangelio humano.

No nos extrañamos de las estridencias de su lenguaje ni de la alta idea, muy merecida por lo demás, que tiene de su magisterio civil. En verdad, no hay dos hombres que sufran o hayan sufrido injusta persecución de justicia que no reconozcan en el maestro de Salamanca la personalidad de un caudillo y un jefe espiritual. Las más claras mentes extranjeras que han querido penetrar en la esencia de España nos han dado siempre una visión unamunesca de la península. Porque este hombre ha llenado la raza con la sombra luminosa de su espíritu. Por eso escribía con razón don Ramón Menéndez Pidal, buzo paciente del alma española, que «con la vuelta de Unamuno a España parece que ésta se recobra a sí misma».

Es hoy don Miguel el más español de los hombres y los escritores españoles. Lo es cuando aparece en esta hora arengando a los estudiantes con un entusiasmo moceril y una fe que no conoce sombríos desmayos. Lo es cuando él mismo afirma en uno de sus discursos en que recuerda los días de Fuerteventura:

De mis días de sosiego y semanas de tranquilidad en aquella especie de cacho de Sahara perdido en el Océano, no quiero decir nada por ahora. Pienso volver todavía a aquellas tierras desoladas, donde me instalé tranquilamente. Estando en ellas recibí, por cierto, una carta de uno de los líderes o directores del movimiento del partido socialista obrero, diciéndome que no habría más remedio que plegarse a la realidad. Yo le contesté: «Acaso usted, con Marx, crea con la doctrina del materialismo histórico, que son las cosas las que rigen a los hombres. *Res* es cosa, realidad es de cosa, pero yo, que soy un personalista muy grande y que creo que somos los hombres los que llevamos a las cosas, les dejo a ustedes ahí con la realidad y me quedo aquí con la personalidad, no mía, sino la de España.»

En Unamuno, con el gran escritor, habrá que contemplar el caso humano. No se puede prescindir del hombre Unamuno. Su poesía, y poesía es toda su obra escrita y vivida, no es sino la emanación exaltada de su calidad de hombre, de grande hombre. Viviendo con dignidad el momento, se incorpora a la historia. Hay en la vida literaria casos lamentables de quienes, no pudiendo salvarse por la calidad folletinesca y melodramática de la obra, han apelado a los valores humanos falsificando su existencia, queriendo ser arquetipos de virtud y viviendo en perpetua postura de bondad y de grandeza o inventándose amores desgraciados y dedicándose a llorarlos con la pasión de los grandes y célebres amantes de la historia y la leyenda. Y así han hecho de su vida entera una mentira con la que han querido atraerse, si no la admiración, por lo menos la compasión de quienes los leen. Han transformado

su pobre y menguada vida en un episodio literario para convencer al mundo de que son muy desgraciados. No confundamos esta literatura pueril y subalterna con la personalidad señera de este hombre que sublima con su vida y con su obra un momento triste de la historia de España. Si en él destacamos al hombre es porque hay en él la misma recia substantividad que en el escritor.

Oigamos sus palabras del Ateneo el 2 de Mayo de 1930:

Y vengo hoy, que es una fecha para mí de recuerdos de mi infancia muy hondos y muy enraizados; hoy que es 2 de mayo. El 2 de Mayo de 1808, hace ciento veintidós años, el pueblo de Madrid se levantaba por el rey deseado contra Napoleón cuando allá en Bayona el abyecto Fernando VII y sus desgraciados padres se arrastraban como unos lacayos a los pies de Napoleón. Esto está en la raza. Y me recuerdo el 2 de Mayo de mil ochocientos setenta y cuatro, hace cincuenta y seis años, cuando no llegando todavía yo a los diez, vi entrar en mi villa natal a las tropas. (No era reino entonces España, todavía era república.) Vi entrar a las tropas de España en medio de aquella fragosa guerra civil en que me ha cuajado la conciencia de patria. Yo me he criado en medio de una guerra civil, y cuando se habla de ciertas cosas bendigo a la guerra civil, yo me he criado y me he mecido en la cuna en medio de guerra civiles. (Págs. 65 y 66.)

Seguramente le espera al anciano glorioso un nuevo dos de Mayo, una nueva guerra civil. Porque, como él mismo dijo, la censura que pesa actualmente sobre los hombres de pensamiento de España no será más violenta pero es la más estúpida de cuantas hasta ahora se han sufrido. —Roberto Meza Fuentes.